

06 de septiembre

Jerusalén, puerto a orillas de la eternidad...

Jerusalén, puerto a orillas de la eternidad.

El Monte del Templo es un gran barco, un espléndido navío de diversiones. Por las ventanillas de su Muro Occidental miran alegres santos, viajeros. En el malecón saludan jasídicos'

gritan ¡hasta la vista! Siempre llega,
siempre zarpa. Y los cercos y los muelles
y los policías y las banderas y los altos mástiles de iglesias y
mezquitas y las chimeneas de las sinagogas y las barcas de
aleluyas y las olas de montañas. Suena un corno sacro: otro más
zarpó. Angeles del Día del Perdón? con uniformes blancos
trepan entre escaleras y sogas de rezos comprobados.

Y las negociaciones y los portales y las cúpulas doradas:

Jerusalén es la Venecia de Dios.

Jerusalén es hermana de Sodoma,

aunque la sal no tuvo piedad de ella

y no la cubrió con su blancura serena.

jerusalén es una Pompeya desobediente.

Los libros de historia que al fuego fueron arrojados
siguen girando mientras rojas se endurecen sus páginas.

Un ojo demasiado claro, casi ciego,

se hace añicos en sus montes de arterias.

Demasiados partos abiertos por abajo, de par en par,

y una matriz de incontables dientes,
fauces afiladas y animales sagrados.

El sol se hundió en ella por error
creyendo que era el mar.

Y los peces del cielo se quedaron atrapados
en las redes de sus callejuelas,
desgarrándose unos a otros.

Jerusalén es una cirugía que permanece abierta.
Los cirujanos se fueron a dormir a lejanos cielos,
pero sus difuntos se acomodan
lentamente alrededor,
como pétalos silenciosos.

¡Dios mío!

¡Altísimo!

Para mi cumpleaños

Treinta y dos veces salí a mi vida,
cada vez causándole menos dolor a mi madre
y a los otros,
pero más a mí mismo.

Treinta y dos veces llevo vistiéndome del mundo
y todavía no me siento bien.

Me oprime,

a diferencia del impermeable
cuya forma es ahora la forma de mi cuerpo
y me queda cómodo
mientras va desgastándose.

Treinta y dos veces revisé la cuenta
sin dar con el error,
volví a contar la historia
sin que me dejaran concluir.

Treinta y dos años he arrastrado conmigo los rasgos de mi padre
que fui soltando casi todos a lo largo del camino
para aliviar la carga.

Y de mi boca crecen hierbas y estoy perplejo,
pues la viga que no pude quitar de mis ojos'
ha comenzado a florecer
con los árboles en primavera.

Y mis buenas acciones son cada ...

Mi padre estuvo cuatro años en guerras de otros...

Mi padre estuvo cuatro años en guerras de otros,
y no odió ni amó a sus enemigos.

Pero yo sé que ya entonces
me construía día a día con la serenidad
tan escasa que recogía
entre las bombas y humareda

y guardaba en la raída mochila
con los restos endurecidos del pastel de mamá.
Y en sus ojos juntó muertos anónimos,
muchos muertos juntó para mí,
a fin de que los perciba en su mirada y los ame
y no muera como ellos en el espanto..
Llenó sus ojos de ellos y se equivocó:
a todas mis guerras salgo yo.

Lluvia en el campo de batalla

Llueve sobre las caras de mis amigos;
sobre las caras de mis amigos vivos,
que cubren sus cabezas con una manta,
y sobre las caras de mis amigos muertos,
que no se las cubren más.

20 de septiembre

Soy grande y gordo

Soy grande y gordo.

Por cada kilo de grasa

tengo además un kilo de tristeza.

Fui un gran tartamudo, pero desde

que aprendí a mentir fluye mi habla como el agua,

sólo mi rostro permanece pesado

como una sílaba imposible de pronunciar,

pedra de tropiezo', balbuceo.

A veces todavía hay un rayo en mis ojos

como de un fuego de armas muy lejanas

adentro de mí. Una antigua batalla.

Exijo de los demás

que no olviden, pero yo mismo quisiera olvidar,

soy al fin olvidado.

Cuando muera quiero...

Cuando muera quiero que sólo mujeres se hagan cargo de mí en la

Jevrá Kadisha

y que hagan con mi cuerpo lo que mejor les parezca a sus lindos ojos,

y que limpien de mis oídos las últimas palabras que escuché, y que

sequen de mis labios las últimas palabras que pronuncié, y que borren

de mis oídos las últimas visiones que tuve, y que alisen mi frente por las

preocupaciones,
y que doblen mis brazos sobre mi pecho como las mangas de una
camisa recién planchada,
y que unten mi carne con aromáticos aceites para que quede ungido
como el rey de la muerte por un día,
y que acomoden en la cavidad de mis muslos, como en un platón de
frutas,
mis testículos y mi pene con el ombligo y el pelo enmarañado,
como en un espléndido dibujo de una naturaleza muerta de siglos
anteriores,
una naturaleza lo bastante muerta sobre un fondo de terciopelo oscuro,
y que me hagan cosquillas con plumas en la boca y en el ano para ver si
todavía estoy vivo.

Y que lloren y rían alternadamente y que me den el último masaje
y el masaje pase de sus manos a través de mi cuerpo al mundo entero
hasta el fin de los tiempos.

Y que una de ellas recite la plegaria Dios está lleno de piedad',
y que lo haga con una voz dulce Dios está lleno de una matriz,
para recordarle a Dios que la compasión proviene de la matriz, la
verdadera compasión,

la verdadera matriz, el verdadero amor, la verdadera gracia.
De verdad que así quiero que sea mi muerte, en mi vida, en mi vida.

Yo no fui uno de los seis millones...

Yo no fui uno de los seis millones
que murieron en el Holocausto y ni siquiera estuve entre los
sobrevivientes,
¿no fui uno de los sesenta millares que salieron de Egipto
pero llegué a la tierra prometida desde el mar,
yo no estuve entre todos ellos pero el fuego y el humo
¿A mí permanecieron, y las columnas de fuego y las columnas de humo
me indican el camino de noche y de día, y persiste en mí la desatorada
búsqueda de salidas de emergencia y de lugares suaves
tras la infamia de esta tierra, para fugarme en la flaqueza
y hacia el interior de la esperanza, y persiste en mí el anhelo de
encontrar
el agua de la vida susurrándole a la piedra y con enloquecidos golpes.
Después de todo esto: silencio, sin preguntas ni respuestas.
La historia judía y la historia mundial
me trituran entre sí, a veces hasta pulverizarme
como entre piedras de un molino, y el año solar y el año lunar
se anticipan uno a otro o se retrasan uno tras otro
y dan saltos que le confieren un movimiento constante a mi vida,
y a veces caigo en el espacio que los separa
para ocultarme allí o para hundirme.